

“Si construyes castillos en el aire, tu trabajo no tiene porqué perderse, ahí es donde deben estar, ahora pon cimientos debajo de ellos.”

UNA REFLEXIÓN:

La música es esencial en el desarrollo de los seres humanos, yo pienso que tanto como aprender a leer y a escribir. Aristóteles se preguntaba si la música era educación o diversión para concluir que ambas cosas, pero el valor humano de la educación musical es incuestionable. Me dedico a la educación y difusión de la música desde hace años, y como docente, sé que muchas cosas se aprenden en el colegio, en escuelas de música, pero otras muchas deben aprenderse en "otras aulas" que son las salas de concierto, los teatros. Las últimas estadísticas arrojan los siguientes datos: cada vez hay menos conciertos, cada vez menos público acude a los conciertos, cada vez la edad del público que asiste a los conciertos es mayor. Si el concierto está pensado para educar y divertir, esa tendencia se rompe.

Aventurar respuestas, es una manera de aclarar ciertas preguntas. Cada vez encontramos más iniciativas bajo títulos como: *conciertos didácticos*. Pero por poner la etiqueta de pedagógico, el concierto no es más didáctico. Acudimos a conciertos supuestamente didácticos, que al final consiguen justo todo lo contrario. Unas veces es el mismo concierto de la tarde pero por la mañana con el segundo reparto (una matinal). Otras, es un concierto cargado de "añadidos extramusicales" que parecen decirnos que la música no es suficiente. A veces el concierto va acompañado de unas notas a programa "habladas" de contenido más o menos interesante; o se acompañan del omnipresente narrador que parece querer explicarnos hasta lo que no debería ser explicado. Intentos obligados de las instituciones que con los "didácticos" rellenan unas programaciones en las que la demanda social pide iniciativas educativas.

Muchas de esas iniciativas, son castillos en el aire sin los cimientos de calidad y profesionalidad. Un concierto puede ser divertido pero no educa, educan muchos conciertos con sentido y calidad. Llevamos a los niños a escuchar un concierto más preocupados porque se "porten bien" que por crear un hábito de escucha fundamental en la educación de cualquier ser humano. La solución está en el trabajo: un trabajo de equipo. Padres, profesores e instituciones tienen que olvidar recetas mágicas puntuales para trabajar conjuntamente en una educación que incorpore la escucha y la asistencia a conciertos como una de sus prioridades.

Cuando el niño se acerca a la música necesita **método**: que son los cimientos que se ponen bajo unos castillos hechos en el aire de utopía; **motivación**: que es la llave de acceso; **diversión**: para afrontar el acceso a la música con alegría; **práctica**: con especial atención a algo fundamental: enseñar a escuchar; **juego**: para que no se nos olvide que la música tiene mucho de divertido; **formación**: para que no se nos olvide que además de juego es educación; **vivencias**: para participar de la música de forma activa y creativa; **desarrollo**: para que no se quede en una serie de recetas variadas; **curiosidad**: para entender que es un camino largo que dura toda una vida. Los niños necesitan despertar sus oídos a la música, aprender a escuchar el silencio, a sí mismos y todo lo que les rodea. Por eso un concierto que pretende ser didáctico necesita tener unos cimientos basados en la profesionalidad de los artistas y pedagogos que lo realizan. Proyectos interdisciplinarios para la creación de conciertos y actividades musicales y didácticas en el marco del un teatro. Proyectos educativos para todos, con continuidad y con intención de ejercer un papel generador de cultura.

En los últimos años la relación entre instituciones y la sociedad, ha cambiado mucho y rápidamente. La tendencia a la especialización que se ha venido dando a lo largo del siglo XX ha llevado a que cada tipo de espectáculo solo se pudiera representar en un único recinto concreto. Yo pienso que un teatro, debe ser un lugar abierto a la cultura y al arte donde tienen cabida actividades diferentes, un centro de difusión musical, acercando la música al público con producciones de gran calidad

adecuadas al público para el que están destinados, dinámicos en lo musical pero sin olvidar su función didáctica y social. En cualquier actividad artística es tan importante el contenido que se desea transmitir, como dónde, cuándo y cómo se trasmite, la posibilidad de escuchar un concierto en vivo, participativo y en un entorno familiar, es una de las formas más activas de la iniciación a la música. Desde mi punto de vista, se trata de hacer los conciertos interesantes para las personas que van a escucharlos, de nada sirve crear músicos y músicas de calidad, si no se generan también nuevos públicos.

Los ciclos de conciertos didácticos forman parte desde hace décadas de la actividad cotidiana de orquestas, teatros y demás instituciones culturales en Europa y EEUU, a los que dedican gran parte de su presupuesto ya que son un elemento fundamental de la educación musical, y muchas de estas instituciones han asumido plenamente este papel, no limitándose a programar de vez en cuando alguno que otro concierto sino incorporando asesores y creando programas educativos y sociales específicos. Un proyecto de conciertos didácticos debe ser un proyecto educativo, social y artístico para la difusión de la música, abierto a compositores, intérpretes y pedagogos para crear actividades musicales de calidad, innovadores e imaginativos creados conjuntamente por especialistas en los aspectos musicales y pedagógicos.

Un concierto aislado puede provocar en el espectador el impacto de la motivación, puede ser incluso una experiencia memorable, pero no educa. Educar musicalmente a una persona requiere muchas vivencias. Necesita continuidad, bases sólidas, un desarrollo en el tiempo, imaginación, crear el interés por la música en todas sus facetas, y con un especial compromiso con la música contemporánea. Además no hay nada que pueda sustituir a la experiencia de vivir la música en directo, la posibilidad que tiene de impactarnos a distintos niveles es total. Permite el contacto directo con la esencia de la representación y la creatividad, haciéndonos sentir parte de una comunidad de creadores y público participativa. La música es escuchar, es comunicación, un instante y toda una vida, descubrirse y descubrir, un lenguaje sin idioma, invisible, hecho de silencio y sonido, que se entiende sin comprenderse, que se asoma al interior y nos toca, nos habla directamente, sin traducción simultánea y nos emociona de una manera difícil de encontrar en otros lugares, en otras cosas. Por ello no podemos hablar de conciertos didácticos sin hablar de educación. Si las actividades de escucha, no se incluyen en la "rutina académica" de los estudiantes, el concierto siempre es la actividad extraordinaria, extraescolar, puntual y aislada. A menudo la música se les presenta a los niños como algo extraño, desconocido, sólo para entendidos; cuando la música es natural en los niños, existe en ellos incluso antes de que puedan ser conscientes de ella. Está en el cuerpo, en el corazón, en un bebé explorando su voz, en el ritmo de las palabras, en unos niños bailando, en un joven que apenas sin darse cuenta, sigue el ritmo de una pieza con el pie, en la vida diaria, en el mundo sonoro que nos rodea. Sólo desde una buena educación musical podremos abordar unos conciertos didácticos interesantes y bien planteados, y estos ciclos de conciertos no tienen ningún sentido si la propia educación musical no incluye la escucha y el concierto como una disciplina fundamental.

A través de la educación musical se puede fomentar la curiosidad del niño por el concierto. El cuerpo es nuestro primer instrumento de música, es nuestra más preciada herramienta de trabajo. Es en el cuerpo y con el cuerpo donde se produce el primer despertar de los sentidos, un despertar que necesita espacio, tiempo, un entorno y una interacción adecuadas, dando las oportunidades necesarias para que esto ocurra, en casa, en la escuela, y porqué no: en el concierto. El niño necesita abrirse al mundo desde lo más primario que tiene, que es su propio ser, comunicar y expresarse. Esa necesidad de comunicar y de expresar encuentra un marco perfecto en la música y en el concierto como anfitrión de la música, y ésta como lenguaje universal, de sonidos y gestos, donde emociones y sentimientos cobran vida, y nos ayudan a manifestarnos con inteligencia, sensibilidad e imaginación. Lenguajes invisibles de sentimientos y lugares, conocidos y desconocidos, cotidianos y extraños.

El concierto supone aprender a escuchar, a mirar, a sentir, aprender a conocer el mundo y a conocernos. En algún lugar al lado del cuerpo, donde este termina, comienza un mundo de ruidos, sonidos y silencios, de sensaciones que percibimos. Pensamos que todo lo que nos rodea es real, evidente, tanto que ya ni reflexionamos en ello. Pero lo que nos rodea no es objetivamente fijo. Dice el saber popular que las cosas son del color del cristal con que se mira, pero también son del aroma al que huele, del gusto al que sabe, del tono al que suena y de la sensación que produce al tocarse. Y si algo puede decirse del entorno que nos acoge es que se mueve y suena, tiene pulso, tono, intensidad y timbre; es decir: tiene música.

En ese mundo sonoro que nos rodea, hay sonidos de todo tipo necesarios e innecesarios. Con estos últimos, los innecesarios, tendríamos que tener cuidado porque nos saturan, nos vuelven insensibles, y nos dejan sordos no solamente para oír, sino también para ver, oler, saborear y sentir. Otros los divertidos, nos entretienen, y es estupendo, pero no debemos tenerlos por únicos porque pueden hacernos olvidar los necesarios, y no tan evidentemente lúdicos pero imprescindibles, como el silencio, porque el silencio suena, y suena mucho. Claro que para eso es muy importante aprender a escuchar. También están los que nos impulsan nos sirven para comunicar y expresar, nos emocionan y a estos es necesario hacerles un hueco en nuestra vida, porque son importantes y dibujan nuestro paisaje sonoro. Pero ese paisaje sonoromusical que nos rodea lo forman también los sonidos de la casa, en la que cada vez se canta menos, los de la escuela en la que falta música en vivo y sobra instrucción musical, los de la calle, tantas veces innecesarios por cantidad e intensidad (estamos muy necesitados de una política anticontaminación acústica); los del concierto, que es más un acto social lleno de toses y carraspeos, que un lugar para grandes y pequeños descubrimientos musicales. Luego están los inevitables, sonidos que escuchamos queramos o no queramos, los imaginados, tan cerca del silencio, y también los que nos gustaría escuchar a nosotros, los que nos gustaría para nuestros hijos, para nuestro entorno (un poco menos salvaje sonoramente hablando).

Agua, comida, calor son importantes, pero no es el único alimento del ser humano. El ser que llevamos dentro, es un ser curioso, necesitado de alimento intelectual y emocional, tan necesario como las vitaminas. Todos tenemos un mundo interior que nos pertenece: nuestros recuerdos, sueños, vivencias pertenecen solo a nosotros, pero no podemos guardarlos siempre. Hablamos, relatamos, cantamos, interpretamos, esto es una necesidad del ser humano de la que no podemos prescindir. Por eso son tan importantes las artes escénicas y la música, las representaciones, los conciertos, su mezcla de realidad y ficción, nos ayuda a entender la realidad y la realidad alimenta la creatividad. Aprendemos a expresarnos viendo como otros se expresan y la música, con su abstracción, nos deja expresarnos con un lenguaje especial. Los músicos hablan a través de "su lenguaje", son fundamentales porque nos permiten soñar, ver la fantasía en la realidad y recrear nuestro propio mundo, explicarnos.

Muchos son los expertos que han trabajado en proyectos educativos basados en marcos de colaboración que incluían a los padres y familiares. Los padres son los primeros profesores, desempeñamos una función esencial en el crecimiento de nuestros hijos y cuando llegan a la edad en que los dejamos en manos de los profesores gran parte de su capacidad de aprendizaje está ya desarrollada. Si esperamos a que sus primeras experiencias de conciertos las tengan con 10 ó 12 años puede ser tarde en muchos casos. Ser capaz de leer las notas de un pentagrama o conocer el nombre de algún compositor es menos importante que desarrollar el hábito de escucha. Si aislamos los hechos, los convertimos en experiencia de laboratorio, y los niños acabarán por desechar aquello, que no es cotidiano, que no se hace con placer, que no se comparte, o lo asumirán como algo "socialmente" correcto que hay que hacer de vez en cuando, pero no lo integrarán como una parte esencial de su vida.

Ayudar a un niño a ser consciente de que aprender a escuchar y a disfrutar de la música es uno de los grandes placeres de la vida, constituye una de las lecciones más relevantes que podemos impartir a

los niños y por ende a sus padres. La clave de todo ello está en la escucha algo más difícil de calibrar que la predisposición hacia un instrumento, e infinitamente más importante. Si asistir a conciertos es algo normal, que se hace habitualmente, si entendemos que para disfrutar no hace falta siempre gritar y saltar, se puede disfrutar de otros modos: escuchando. Si les acompañamos personalmente en estas experiencias, demostrando con nuestro ejemplo que nos gusta esa actividad, si cuenta con nuestro apoyo podrá aprender a disfrutar de una de las actividades más placenteras que existen: escuchar. Podemos usar esa “curiosidad” del niño para animarle a “prestar atención con sus oídos” y acompañar esa curiosidad musical del poderoso deseo de cualquier niño de compartir esos momentos con sus padres. La experiencia de la música es única y debe experimentarse personalmente, no sirve que te la cuenten, hay que vivirla personalmente. Una buena educación musical es la que proporciona una base sólida sobre la que construir, mucho o poco, eso siempre es una elección personal, pero la base sobre la que construir es algo que la educación debería proporcionar, otorgando al oyente de muchas y buenas oportunidades de estar en contacto con la música en vivo. Una buena educación musical es la que trata el sonido y al niño con respeto potenciando también el gusto por el silencio aprendiendo a escuchar y a escucharse con interés y curiosidad. Una buena educación musical debe permitir al niño que sus primeras experiencias estén llenas de calidad, necesita tiempo y espacio, y uno fundamental es la sala de conciertos, necesita un entorno cuidado, porque lo que algunos construimos con mucho esfuerzo otros lo destruyen en cinco minutos, y necesita de una interacción adecuada.

Aprender música supone aprender a escuchar, a mirar, a sentir; desde la comprensión, desde la sensibilidad. Enseñamos a los niños innumerables cosas, pero pensamos que no es necesario enseñarles a escuchar, pero aprender a escuchar, apreciar la música como algo que enriquece nuestras vidas, no sólo es la vía de acceso a la música, es bueno por todo lo que aporta al niño a otros niveles “no musicales”. La habilidad para escuchar es esencial en la vida y de ella dependen otras tan importantes como la habilidad para la lectura. Es un requisito fundamental para disciplinas como el baile, el deporte, las matemáticas. Enriquece el vocabulario, fomenta el aprendizaje de la propia lengua materna y es básica para cualquier aprendizaje como base de la atención y la concentración.

Quiero imaginar una educación musical del siglo XXI, respetuosa con el pasado, crítica con el presente, imaginativa con el futuro, cuyo primer ejercicio es aprender a escuchar, cuyas aulas son las salas de conciertos donde el proceso es tan importante como el resultado; una educación musical formada por una comunidad de creadores, intérpretes y oyentes que se comparte y se retroalimenta mutuamente. Imaginar que los castillos en el aire pueden tener sus propios cimientos.

Ruth Prieto es especialista en educación y difusión musical, ha realizado varios ciclos de conciertos didácticos en España y Europa. Actualmente vive y trabaja en Bruselas donde desarrolla su actividad de Arts Administration.
Contacto: 00 32 499 34 56 04
info@elcompositorhabla.com